

José-Carlos Mainer. *Historia mínima de la literatura española*. Madrid – México D.F.: Turner – El colegio de México, 2014, 276 págs.

Raquel Macciuci
Universidad Nacional de La Plata

Frente al valor y la dimensión de las obras que José-Carlos Mainer tiene en su haber, *Historia mínima de la literatura española* podría juzgarse una empresa menor, casi un pasatiempo; pero la brevedad anticipada en el título no debe prestarse a confusión: se trata de una historia de la literatura española amena y accesible, pero rigurosa y sabia.

Consecuente con su alegato a favor del ensayo, y pese al extenso trayecto que debió recorrer, el autor ha logrado conciliar una apretada sucesión de nombres y datos con un relato sugestivo, cuya bien secuenciada narración anima al lector a continuar la lectura, en el orden que se prefiera. Esto es posible porque Mainer exhibe con arte de experto la ilación y concatenación de una historia de la literatura que se suele conocer parcelada y por entregas. El resultado es un conjunto contrapesado, una unidad armónica en continuidad más que contigüidad; una trama sutilmente entrelazada, no mera yuxtaposición de siglos o movimientos.

Otro de los grandes aciertos es el lenguaje elegido, apto para a un lector de amplio espectro: llano pero sin concesiones fáciles ni dejos pedagógicos, con el atractivo de una prosa de estilo, que deleita a la vez que instruye.

En el mismo rango, debe ponderarse el inusual caudal léxico de la prosa del catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza. Es grato a la vista y al oído descubrir que junto al rigor y la propiedad de la terminología específica, numerosos vocablos que van cayendo en desuso reaparecen religados con naturalidad a la lengua viva y cercana. Del mismo modo, se agradece la introducción de imágenes y adjetivaciones elaboradas con inflexiones coloquiales que evitan la distancia circunspecta del erudito y en cambio revelan la empatía del emisor con los asuntos tratados. Así, el cabildo catedralicio salmantino del siglo XV es “rumboso” (p. 59); Cristóbal Suárez de Figueroa es “avinagrado” (p. 95); por ilustrar con un par de ejemplos.

Probablemente sea esta misma empatía con la materia del libro uno de los factores que inciden en un tan feliz como inusual resultado: gracias al arte de saber encontrar en cada texto y en cada autor los visibles u ocultos aciertos, logra volver interesantes y actuales las obras más impensadas. Numerosas zonas de escasa afluencia

lectora, tales como el poco cotizado siglo XVIII; las crónicas de los esforzados viajeros del siglo XV, o las memorias de Leonor López de Córdoba adquieren renovada visibilidad en ‘la historia mínima’.

Con similar agudeza escrutadora, desmonta mitos, relativiza verdades establecidas y, cuando es necesario, introduce sus avisos, reparos o disensos, volcados con la templanza que solo pueden sobrevenir de la honestidad y la autoridad intelectual. De esta manera, el lector descubre que la cultura humanista castellana era más deficitaria y oscurantista de lo que se cree habitualmente, que determinada prosa puede ser huera aunque brillante; una epopeya, cursilísima; una autobiografía excelente y ególatra... Al mismo tiempo, parece reiterar el autor que no cultiva el distanciamiento aséptico del crítico profesional, cuando gracias a amables giros dialógicos, aparece el conversador afable que es Mainer, sensible y cómplice, que se involucra más allá del sagrado del texto y la sapiencia. Así lo verifican las apostillas biográficas, reveladoras, en proporcionadas dosis, de las debilidades que acechan a las plumas ilustres en un ámbito profesional competitivo y lisonjero por partes iguales: alguno hubo que era “envidioso irreprimible que rezumó veneno en sus ataques a sus enemigos literarios”; este tuvo “un carácter melancólico, afectivo y medroso”; aquellos dos poetas “nunca se llevaron bien”...

No es un factor secundario para este análisis recordar que la construcción de un saber sostenido en el tiempo y apuntalado por un pensamiento original e independiente, han hecho de José-Carlos Mainer uno de los más influyentes constructores del canon de la literatura española. Por esta razón, es fácil entrever que no le pertenece el reclamo comercial volcado con letra más pequeña en la cubierta, “Del ‘Cantar de Mio Cid’ al siglo XXI: todos los autores, todas las obras, todas las corrientes, todos los títulos”, pues ha de ser el primero en recelar de la aspiración a la totalidad. Sin embargo, quien conozca cómo se establecen las tradiciones literarias, puede estar seguro de que las obras y los escritores incluidos forman parte del repertorio mínimo y básico del sistema literario español, con la advertencia –innecesaria tal vez– de que irremediablemente hay nombres ausentes y, por obvias razones de economía, los títulos citados han pasado por una inevitable selección. Cabe a cada lector preguntarse el porqué de algunas omisiones: la respuesta está encerrada en las lecturas del propio José-Carlos Mainer y el remedio en la existencia de otros repertorios.

La anterior referencia al sistema literario español lleva a recordar que el autor adelanta en el título y en la introducción que se ocupará de la literatura española en

sentido estricto, es decir, peninsular y escrita en lengua castellana, en consecuencia, ni hispanoamericana ni españolas no castellanas o regionales –aunque no falta la mención de autores que lograron trascender las lindes. En dicho encuadre clásico, no declina sin embargo, acusar recibo de las modalidades y géneros de nuevo cuño que aportan las prácticas literarias más recientes, aun cuando las innovaciones le planteen dudas: “El género de esta última [*Anatomía de un instante*] no es fácil de dilucidar como tampoco el de *Enterrar a los muertos...*” (p. 205).

En cuanto a la estructura, esta historia mínima no rompe con el molde temporal progresivo de las historias literarias, si bien intercala intervalos más breves y diferenciados en los períodos clásicos –Edad Media, Siglos de Oro, etc. Pero, principalmente, innova al reemplazar las viejas denominaciones por rótulos más esclarecedores que subrayan el eje cultural de cada período, y, en determinados casos, como el siglo XIX, realiza una unificación que rompe con “la antinomia romanticismo-realismo de la que hablan los viejos manuales” (p. 136).

Nueve capítulos componen la obra: I. ¿Otra historia de la literatura?; II. En los orígenes; III. Crisis y cambios: el siglo XV; IV. Humanismo y universalidad (1500-1580); V. Hegemonía y decadencia; VI. Bajo el signo del reformismo ilustrado; VII. El romanticismo realista; VIII. Entre la nación y la modernidad: el siglo XX; IX. Después de 1939. No es posible aludir aquí, ni siquiera brevemente, a cada uno de ellos; no obstante, el primero merece una excepción porque encierra los postulados de los que parte Mainer cuando habla de literatura española y nacional y del propósito que lo guía. Mediante un sólido estudio introductorio demuestra la vigencia, el rigor teórico y el dinamismo que ha adquirido en los últimos años el campo de la historia de la literatura.

En un apartado final, la obra ofrece una excelente Bibliografía comentada –en verdad, un capítulo más, aunque sin numeración, – que reseña y analiza las principales historias de la Literatura Española hasta la actualidad, retoma las reflexiones del capítulo I en torno al concepto literatura nacional y aborda las relaciones con otras literaturas del estado español y con las de Latinoamérica. En una tercera sección del apartado bibliográfico, propone obras, polémicas y problemas que a su entender constituyen las coordenadas –hitos– de alcance más universal de las letras peninsulares.

La eficacia de la obra reseñada, que bien podría calificarse de vademécum o manual de urgencia de la literatura española, se potencia gracias a un funcional índice onomástico, que con sus 42 páginas corrobora el espesor y la estatura de la mínima pero no nimia historia de la literatura española.

Por último, cabe señalarse que además del carácter más especializado del primer capítulo y de la bibliografía, existe otro nivel erudito que discurre transversalmente. Mainer sin explicitarlo, deja sentada su posición ante debates axiales de las letras peninsulares para quien pueda entreverlos. Con breves opiniones intercaladas, a veces simples modalizaciones dubitativas del tipo “con bastante mayor probabilidad” (p. 43); o “no se puede negar la presencia de ese drama... pero...” (p. 32), da a entender al experto su punto de vista ante controversias de vasta proyección. Valga como ejemplo la tesis de Américo Castro sobre el peso de la herencia árabe y judía en la cultura hispánica.

Quizás pueda advertirse, casi finalizado el presente estudio, que catalogar el libro de referencia como de divulgación sería empequeñecer su valor. Las cualidades descritas precedentemente pueden resumirse en la doble condición de ofrecer una obra accesible a todo curioso y medianamente instruido lector y, para el profesional de la filología, una herramienta sintética sin ser rudimentaria ni carecer de densidad, siempre altamente cualificada.

Hay sin embargo una suerte de epítome de todas sus cualidades: gracias a su organización expositiva y estrategias discursivas encierra todas las virtualidades para renovar el interés por las obras que aborda. Es verosímil imaginar que los lectores pasarán de las páginas de *Historia mínima de la literatura española* a los anaqueles de sus propias bibliotecas, materiales o simbólicas, en búsqueda del libro ausente o cubierto de polvo, corroborando con ese gesto “que la historia de la literatura puede ser simplemente otra forma –más consciente, más rica– de leer libros que nos gusten y que nos hablen de la infelicidad o de la dicha, del viaje o del enclaustramiento, de la soledad o de la compañía” (p. 11). O, dicho con otras palabras, el breve volumen editado por Turner y El colegio de México tiene todas las condiciones para lograr la aspiración formulada por José-Carlos Mainer, esto es, lograr que una concepción de la literatura sea inseparable de la lectura y que los lectores vuelvan a sentir lo que la literatura tiene de experiencia personal de la vida.